

# DIARIO DE CORDOBA

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

Núm. 478.

Por un mes... 8 rs.  
Por trimestre... 22 rs.  
Fuera de Córdoba... Por un mes... 10 rs.  
Por trimestre... 28 rs.

Miércoles 6 de Julio de 1864.

Los Sres. suscritores a este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio o comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XV.

## LA MARINA ESPAÑOLA

La España publica el siguiente artículo, que tenemos mucho gusto en reproducir en nuestras columnas.

La marina española ha revivido, decía pocos días ha el periódico de Londres el *Standard*, con motivo de lo ocurrido en el puerto del Callao, al presentarse las dos fragatas y la goleta que componen la división naval del general Pinzon. Los diarios franceses también han llamado la atención hacia el acto de arrojo, pocas veces visto, ejecutado por la goleta *Covadonga* y hacia el atrevido reto dirigido a las fuerzas navales del Perú, protegidas por los fuertes del puerto, por las dos fragatas que se presentaron a las doce del día a pasear casi por delante de las proas de los buques enemigos y al pie de aquellos fuertes, cuando en unos y en otros estaba todo preparado para romper el fuego sobre los españoles.

Razon tienen los ingleses y franceses en señalar lo ocurrido en el Callao como un síntoma del renacimiento de nuestra marina de guerra, pues acostumbrados a juzgar no por los elementos, si no por los resultados, apenas hubieran podido creer que a tanto hubiese llegado una fuerza, al parecer insignificante, de la marina española. Hasta ahora solo habían juzgado por el material, y por desgracia este no responde todavía a la historia del poder marítimo de nuestra nación; mas no habían contado con un elemento muy poderoso que se va creando, y sin el cual era inútil agotar las fuerzas de la nación en estériles sacrificios.

Ese elemento es el personal, que hace algunos años no existía, y hoy se presenta con condiciones de número, inteligencia y vigor, y como una esperanza de grandes días de gloria para la patria. Hoy cuenta nuestra marina de guerra con un personal excelente en capitanes de fragata y tenientes de navío; todos jóvenes y entusiastas, ejercitados en la navegación como no podían estarlo los que lo fueron en tiempos en que apenas había un buque para navegar. Esa oficialidad tiene la gran ventaja de que el vapor ha aumentado su libertad de acción y la fuerza de su iniciativa, pues no necesita encomendar a manos tal vez inexpertas y a la mayor o menor desobediencia y prontitud de la maniobra el éxito de un combate. La superioridad que esta circunstancia da al oficial que manda hoy sobre el que

mandaba hace sesenta años, se comprenderá, sin necesidad de otras consideraciones, solo con tener presente que en Trafalgar la escuadra franco-española fue vencida por la inmensa superioridad de los marineros ingleses en la maniobra. No hay pues, hoy ni puede haber superioridad bajo este punto de vista esencial por parte de la oficialidad de otras naciones, y la de nuestra armada puede entrar con iguales condiciones de genio y arrojo a las de cualquiera otra potencia.

Hemos dicho que todavía no corresponde nuestro material naval a lo que exige nuestra historia marítima y las necesidades de nuestro creciente poder; mas qué diferencia de tiempos a tiempos! Todavía recordamos aquellos en que toda nuestra escuadra se reducía al navío *Soberano*, construido con el nombre de *San Pablo* en 1770, y que ya venerable anciano, todavía prestaba sus buenos servicios en 1850 a los 80 de su edad, y hoy a los 94 todavía continúa agradecido sirviendo a la patria que le dió el ser, prestando sus camarotes a los enfermos en la isla de Cuba. Todavía recordamos el año de 1836, cuando toda nuestra escuadra moderna se reducía al pobre pero activo *Mazzeppa*, vapor de cuatro cañones, con sus descomenales ruedas y su enorme balumba de timones. En él, y como su comandante, hizo su brillante campaña de mar el actual capitán general de la armada, Sr. Armero y Peñaranda. Desde el vapor *Mazzeppa* hasta la lista de buques que anteaño publicó *La Gaceta* no se diría que había transcurrido un siglo, y, sin embargo, todo corresponde al reinado de Doña Isabel II.

La marina española ha revivido, es verdad, pero ha revivido porque la nación ha vuelto también de su letargo: suponer otra cosa equivaldría a suponer que cuando un hombre cae como muerto, y al cabo de algún tiempo mueve un brazo, es solo el brazo el que ha revivido; no habría vuelto el brazo a la vida, si esta hubiese huido del cuerpo. Si la marina de guerra ha revivido y empezado a dar muestras de vigor, también el ejército ha vuelto a ser lo que fué en sus mejores tiempos, y por todas partes pelea y vence, estableciendo por donde quiera la superioridad sobre sus enemigos y cubriendo de gloria las banderas de la patria.

La agricultura, las artes y las ciencias han renacido también; el vigor, la iniciativa, el espíritu emprendedor se advierten por todas partes en esta nación, donde hace cuarenta años todo yacía en profunda quietud y perezoso abandono; el soplo de la vida la reanima, y se la ve caminar resuelta, confiada y segura a ocupar el puesto que le corresponde, y a cumplir los destinos que le tiene señalados la divina Providencia.

Tal vez no se haya reparado en el orden que ha guardado el progresivo desenvolvimiento de las fuerzas de la nación, y la manera en que se han ido ostentando a los ojos del mundo, descreído en lo concerniente a nuestro poder; y por lo mismo creemos oportuno compendiar en breves palabras la historia de nuestro renacimiento como nación ante las demás naciones.

En 1827 se retiró definitivamente de todos los pactos nuestro pabellón: diez años después apenas se recordaba en ninguna región de América, Asia y África, cuales eran sus colores. En 1846 España quiso hacerle conocer y le hizo surcar todos los mares del mundo: la corbeta *Ferrolana*, mandada por el entonces brigadier D. José María Quesada, hizo uno de los mas felices y mas aplaudidos viajes de circunnavegación que se han conocido. Un año mas tarde daba nuestro ejército de Filipinas una brillante muestra y llamaba la atención del mundo con la admirable expedición de Balanguingui, y algun tiempo después con la no menos sorprendente de Joló. En 1848, con sorpresa de toda Europa, y cuando se creía que apenas podría España resistir dentro de su casa a la revolución, envió para combatir 10,000 hombres a Italia; habiendo dos años antes enviado un ejército mas numeroso a intervenir en Portugal.

El nombre de nuestra nación no era ya objeto de compasión o de desden, cuando desde 1856 se la vio tomar una actitud resuelta que indicaba extraordinario vigor. Tenía en África posesion de las islas de Fernando Poo, Annobon y Corisco; emprendía y sostenía gloriosamente en Asia una guerra altamente civilizadora; rechazaba en las Antillas las expediciones de filibusteros; llevaba la guerra a África; hacia una brillante campaña y la coronaba con una paz gloriosa; volvió a adquirir la isla de Santo Domingo; enviaba al Continente americano una respetable expedición; sostenía una guerra dura y dispendiosa en aquella isla, para terminarla, como terminará con un nuevo triunfo; y por último, después de una expedición científico-militar, una bella division naval hace respetar el nombre español en América y saca a aquellos pueblos del error en que se hallaban respecto a nuestro poder.

Desde el vapor *Mazzeppa* hasta las 18 magnificas fragatas de primera clase y demas buques de segunda y tercera que menciona *La Gaceta* de anteaño; desde el viaje de la *Ferrolana* y la expedición de Balanguingui, hasta la toma de Monte Cristi y el desalojo del Callao y la ocupación de las islas Chinchas; he aquí la síntesis de nuestro poder; la historia de su desenvolvimiento a los ojos del mundo: hemos avanzado mucho y la rapidez de la marcha es un feliz augurio de lo que en breve hemos de adelantar.

Saludemos al renacimiento de España, y saludemos el reinado de Doña Isabel II, dentro del cual se ha obrado tan portentosa transformación.

## Sección Oficial

Publica *La Gaceta* del 3 la ley autorizando al ministerio de Fomento para adquirir con destino al servicio de Instrucción pública la casa y torre de los Ejidos, en el obispado de San Fernando.

Concluye la copia del despacho inserto en nuestro número de ayer.

La toma de las islas, sabida 20 días antes, no había causado gran impresión; por el contrario, el general Herólan, que estaba en misión en el Perú, llegó por el paquete anterior, encargado de una comisión del gobierno de Lima, para comprar porochos en los Estados Unidos, y las autoridades no se acordaron de las tropas sobre las armas de cuanto supieron su arribo y se opusieron a que atravesara el Istmo.

A la noche, el general Triarte, comandante general que ha sido de Panamá, a quien había conocido a bordo de la *Resolución* meses atrás, vino a decirme que sabia de ciencia cierta que se tramaba algo desagradable contra mí, y que él opinaba, debía marcharme a Colon, inmediatamente fueron a ver al gobernador del Estado el citado Sr. de Zellner y el cónsul inglés Mr. Henderson, pero le contesté su ofrecido que no se hallaba en casa. El Comodoro Mr. Harvey, y Mr. Jamigbae, ministro inglés en Lima, me habían proporcionado cartas de recomendación del Agente general de la Compañía de vapores del Pacífico, Mr. Peris, para su agente particular en Panamá. Este caballero trasladó la recomendación a Mr. Nelson, superintendente del camino de ferrocarril del Istmo, el cual llevó su amabilidad en cuanto se enteró de lo que ocurría, hasta alojarme en su casa, porque nadie creeria, me dijo, que el ministro de España se había refugiado en la del representante de una compañía Norteamericana, teniendo las de cónsules europeos a su disposición.

A las diez y media de la noche se presentaron respetivamente delante del cónsul francés 30 ó 40 negros seguidos de otros tantos chiquitos; prorrumpiendo en todo género de gritos y haciendo un rui-

do espantoso con diferentes utensilios. Terminó la gritaría, y a eso de las doce volvieron solo los negros, dieron un abrazo a la España, a la Reina, a la Princesa, al Emperador, al general Pinzon y a mí; rompieron los cristales del consulado; estrópearon el escudo de las armas imperiales, y hubieron arrancado la bandera que Mr. de Zellner habido enarbolado en cuanto empezó el tumulto; si una persona que los acompañaba de los hubiese gritado: «Eso no es la bandera de España», hubieron contentado con burlarse de él. Yo oía perfectamente estas escenas desde la casa de Mr. Nelson. En seguida se presentaron en ella los cónsules de Francia y Inglaterra, y resolvimos que Mr. de Zellner, el Sr. Lord y yo saldríamos a las cuatro de la mañana para Paraiso. Así se llamó una estación del ferrocarril que dista ocho millas de Panamá. Mr. Nelson me dió las dos cartas adjuntas número 1 y 2, para el jefe de la estación de Panamá, señor Diaz, y para el de la de Paraiso, Mr. Hughes, pero recomendaron mejor preferir acompañarnos al mismo hasta dejarnos en el vehículo que nos debía conducir. Era este un carro de mano descubierto que movido por dos hombres que dan vuelta a un manubrio, puede andar sobre rails siete u ocho millas por hora. Llegamos a la estación y Nelson me dió lo siguiente: «Voy a dar a V. dos negros de confianza que lo conducirán a Paraiso. Allí esperarán el tren que lleva el tesoro de California (*the specie train*) y de ese modo se evita cualquier compromiso. Yo desearé que el telegrama y daré orden de que no circule ninguna parte sospechosa.» El señor Diaz añadió que durante la noche se habían corrido por el ferrocarril con intención de robar, y nos aconsejó ir con mucho cuidado. Preparados nuestras pistolas, y al cabo de poco mas de una hora llegamos al punto designado, en medio de una tempestad que nos mojó completamente; pero que tal vez nos libró de otro mal mayor.

En Paraiso tuvo la feliz idea de continuar en vez de detenernos; cambiamos de negros, y relevados de cuatro en cuatro millas, llegamos a Colon (Aspinwall) a las una y media de la mañana. En cuanto me apeé me entregó el jefe de la estación el adjunto telegrama que, sellado con el número 5, paso a manos de V. E., diciéndome que Mr. Nelson se había negado a dar curso a varios partes muy sospechosos. Mr. Nelson estaba en la inteligencia de que vendríamos desde Paraiso en el tren del tesoro. En esto había en efecto atravesado el Istmo el dependiente de la «Sistreria» del Callao, y segun me manifestó mas tarde en el vapor *Madrid*, jefe de una de las estaciones intermedias, había alcanzado el cielo con las manos cuando supo que yo debía estar ya a bordo del *Solent*. Con este motivo diré que la velocidad con que recorrimos el trayecto de 45 millas nos libró de otro peligro; pues cuando Mr. Nelson ignoraba que habíamos seguido en el carro de mano, nada advirtió al conductor del tren, y muy fácil hubiera sido sucumbiésemos arrastrados por el que conducía el tesoro.

vos, que no tenéis, según creo, ningún motivo de atentar a mis días.—Es verdad, monseñor, es Salavas. Ignorando que crimen había cometido, todavía dormido, aturdido además por la desgracia que os acababa de suceder, detenido como un criminal, una falsa grandeza de alma me ha hecho creer que debía ocultar el nombre del culpable, por consideración a una vergonzosa amistad que nos unía y de la que me avergüenzo. Es la exacta verdad, monseñor. Pero por qué habéis ocultado su nombre, puesto que le habéis reconocido?—Mi querido marqués... es un secreto. Hay mas, no puedo castigar al culpable, sin comprometer a personas importantes. Hubiera preferido que me hubiera muerto; no sería mas tiempo objeto del odio del monstruo que emplea tales embustes para asesinarme.—Me intimáis, monseñor.—Que ese miserable de Salavas deje el ejército y no ose volver a presentarse es el único castigo que puedo imponerle. Mi silencio sobre el nombre del asesino ase-

gurará su impunidad. Id, Arloy, y continuando sirviéndome con celo, compedeced a nuestro joven y desgraciado general de tener tan viles enemigos. El general era en efecto muy joven y tenía un carácter sumamente dulce y honradísimo. Acabais de tener la prueba. El marqués por sus órdenes recobró el honor, la libertad, y no volvió a ver al baron hasta que pasó a esta comarca así que se acabó la guerra. Mi padre, como sabéis muy bien, tuvo horror de este malvado; pero Salavas era muy falso é insidioso, y le persuadió de que las ofertas de un gran señor, que quería perder al general, le habían desvanecido: creía hacer su suerte sirviendo a este gran príncipe, que no nombró. Pidió perdón al marqués, se arrojó a sus pies, lloró, y consiguió no hacerse amar, pero sí importunar con sus visitas y sus protestas de amistad. El marqués le despreciaba; estaba próximo a romper con él, cuando una circunstancia lo ligó mas que nunca. El caballero de Oxford era

favorable a Fidel hasta hacerle caer de las nubes una posición honrosa; si su corazón no cambia para su Inesía, si la ama siempre, su matrimonio en este caso depende de la voluntad del autor de sus días, ó de la suya, si tiene la desgracia de perder a su padre. Dueño de su elección, pedirá la mano de su Inesía. Sométido al consentimiento de una persona superior a él por los derechos de la naturaleza, es posible que esta persona se la conceda; se puede no querer la felicidad de su hijo? Apelo a vos, señora marquesa! —Si comprendiese, replicó Mme. de Arloy, una palabra, una sola palabra de lo que decís, mi respuesta sería clara y precisa. Este autor de sus días, ese ser que le dió la existencia, soy yo, no es verdad? No se puede poner en duda que yo sola soy la persona que le es superior en el mundo por las leyes de la naturaleza, segun vuestras embrolladas expresiones. Os pregunto por qué vais a buscar tan lejos la felicidad de mi hijo? No tiene necesidad de que le caiga de las

vestidos del marqués, le dejó los suyos y se saltó a todo correr, añadiendo las siguientes palabras:—Si haces el menor ruido antes de una hora, me pierdes. El marqués acostado y todavía meditando, se levantó precipitadamente preocupado de la escena que había pasado. No encontrando sus vestidos, se puso apresuradamente los de su antiguo, pero cuál no sería su asombro rotando que la espalda que le había dejado estaba teñida en sangre! Habrá cometido un crimen, dijo, y quiere imputármelo a mí? No tardó mucho en saber cuál crimen era. El general en jefe, que solo y sin armas había hecho una ronda nocturna en el campamento, acababa de ser asesinado. Un desconocido le había herido con su espada por la espalda, y no se había podido prender al criminal. Los oficiales, que adoraban a su jefe, corrieron por todas partes, y cuando entraron en la tienda de campaña del marqués, le prendieron porque tenía su espada ensangrentada.





